



TAMPA LIFE CHURCH

CLOAKED

SERIE DE ESTUDIOS BÍBLICOS

PARTE 1

Parte 1: El Milagro Comienza Con Lo Que Escuchas



INTRODUCCIÓN

A lo largo de los Evangelios descubrimos que Jesús rara vez hizo milagros de la manera que la gente esperaba. Algunas veces habló una palabra. Algunas veces tocó al enfermo. Algunas veces puso barro sobre ojos ciegos. Algunas veces ordenó a un paralítico levantarse. Sin embargo, antes de que muchos milagros se manifestaran hacia afuera, algo sucedía primero hacia adentro. Dios despertaba la fe.

La historia del ciego Bartimeo demuestra esta verdad de manera hermosa. Antes de ver a Jesús, oyó de Él. Antes de que sus ojos fueran abiertos, su corazón fue despertado. Antes de que su condición cambiara, su fe cambió. Marcos nos dice que mientras Bartimeo aún estaba sentado junto al camino, vestido con las ropas que lo identificaban como un mendigo ciego, una información llegó a sus oídos: “Jesús de Nazaret pasaba.” Ese solo anuncio interrumpió años de desesperanza. Su milagro no comenzó cuando Jesús tocó sus ojos. Su milagro comenzó en el momento en que creyó lo que escuchó.

Este sigue siendo el patrón de Dios hoy. Muchas personas esperan ver algo antes de creer, pero la Escritura enseña consistentemente que la fe comienza en el orden contrario. Oímos la Palabra de Dios, la fe se concibe en nuestro corazón, y luego comenzamos a ver a Dios moverse. Mucho antes de que las circunstancias cambien a nuestro alrededor, Dios cambia algo dentro de nosotros.

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

ROMANOS 10:17 (RVR60)



PARTE

LA FE NACE AL ESCUCHAR

01

Bartimeo no tenía ninguna evidencia visual de que su situación estaba por cambiar. Sus ojos seguían ciegos. Sus circunstancias seguían igual. La multitud que lo rodeaba no esperaba que sucediera nada fuera de lo común. Sin embargo, una declaración transformó todo: “Jesús de Nazaret pasaba.” Ese anuncio se convirtió en el lugar de nacimiento de la fe.

Esto nos enseña que Dios muchas veces comienza sus obras más grandes a través de nuestros oídos antes de obrar a través de nuestros ojos. La fe nunca es fabricada por el optimismo humano ni por el pensamiento positivo. Se produce cuando la Palabra de Dios entra a un corazón receptivo. Escuchar se convierte en la puerta por la cual la esperanza entra a una situación sin esperanza. Lo que Bartimeo escuchó contradecía todo lo que había vivido por años. Su ceguera le decía que nada cambiaría jamás, pero la presencia de Dios anunció que el cambio ahora era posible.

Muchos creyentes pasan su vida esperando ver la mano de Dios antes de confiar en sus promesas. La Escritura enseña lo contrario. Dios habla primero. La fe responde. Luego vienen los milagros. Abraham creyó antes de que Isaac naciera. Noé construyó antes de que cayera la lluvia. Josué marchó antes de que los muros cayeran. Igualmente, Bartimeo clamó antes de recibir la vista. Cada uno de estos ejemplos nos recuerda que escuchar la voz de Dios siempre precede a ver el poder de Dios.

El escritor de Hebreos nos recuerda:

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.”

HEBREOS 11:1 (RVR60)

La fe no se construye sobre evidencia visible. Es confianza en la Palabra invisible de Dios. El mundo dice: “Ver es creer.” El Reino de Dios dice: “Creer es ver.”

Por esta razón, debemos guardar lo que continuamente entra en nuestro corazón. Cada mensaje que escuchamos está edificando fe o temor. Cada conversación está fortaleciendo nuestra confianza en Dios o reforzando el desánimo. Lo que permitimos repetidamente en nuestra mente eventualmente se convierte en el fundamento sobre el cual interpretamos nuestra vida.

Como el Pastor declaró poderosamente:

“Lo que escuchas crea lo que aún no tenías la fuerza para ver.”

Ese principio explica por qué una palabra de Dios puede lograr más que años de razonamiento humano. La Palabra de Dios crea visión antes de que nuestros ojos presencien el cumplimiento.

REFLEXIONA

¿Qué has estado escuchando últimamente acerca de tu situación, y está edificando fe o alimentando duda? Escribe una promesa de Dios que necesitas comenzar a declarar sobre tus circunstancias esta semana.

PARTE

LAS VOCES QUE ESCUCHAMOS DAN FORMA A LA VIDA QUE VIVIMOS

U2 CLOAKED

Una de las lecciones más fuertes de este pasaje es que no toda voz merece igual acceso a nuestro corazón. Bartimeo estaba rodeado de muchas voces. Algunos lo ignoraban. Otros lo toleraban. Otros trataron de silenciarlo. Solo una voz finalmente lo guió hacia la libertad.

Las voces que nos rodean se convierten en arquitectas de nuestro futuro espiritual. Si continuamente escuchamos temor, comenzaremos a esperar derrota. Si continuamente oímos crítica, eventualmente crearemos que somos incapaces. Si continuamente entretenemos el compromiso con el pecado, la santidad lentamente se vuelve opcional. Lo que entra a nuestros oídos eventualmente influye nuestras decisiones, y nuestras decisiones dan forma a nuestro destino.

Salomón entendió este principio cuando escribió:

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.”

PROVERBIOS 4:23 (RVR60)

Guardar el corazón incluye guardar lo que continuamente entra en él. No podemos alimentar constantemente nuestro espíritu con desánimo, incredulidad, filosofías del mundo e indiferencia espiritual mientras esperamos que una fe vibrante florezca. La fe requiere alimento espiritual saludable.

Jesús enfatizó este mismo principio:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.”

JUAN 10:27 (RVR60)

Note el orden. Sus ovejas primero oyen su voz. Luego le siguen. La obediencia siempre es precedida por el oír.

Igualmente, el Apocalipsis declara repetidamente:

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

APOCALIPSIS 2:7 (RVR60)

La pregunta espiritual más importante no es simplemente, “¿Qué estoy escuchando?” sino, “¿A quién le estoy permitiendo definir mi realidad?”

Las voces equivocadas muchas veces nos animan a manejar nuestra disfunción en lugar de vencerla. Normalizan la complacencia espiritual y nos enseñan a coexistir con las mismas cosas de las que Jesús vino a librarnos. La voz de Dios nunca nos deja cómodos en esclavitud. Siempre nos llama más alto.

Bartimeo nos enseña que el avance muchas veces comienza en el momento en que elegimos qué voz merece nuestra atención.

 REFLEXIONA

¿Qué voces en tu vida están dando forma a cómo ves tu futuro? ¿Hay una voz que necesitas bajar de volumen, y una voz que necesitas dejar acercarse más?

PARTE

DIOS MUCHAS VECES HABLA A TRAVÉS DE LAS PERSONAS CORRECTAS

03

Uno de los momentos más fascinantes en la historia de Bartimeo ocurre después de que Jesús escucha su clamor. La misma multitud que momentos antes trató de silenciarlo, de repente entrega un mensaje completamente diferente.

“Entonces Jesús, deteniéndose, dijo que le llamasen; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama.”

MARCOS 10:49 (RVR60)

La gente no cambió porque de repente se volvió compasiva. Cambiaron porque Jesús habló. Una palabra de Cristo transformó la actitud de la multitud. Los que lo habían desanimado se convirtieron en los mismos que anunciaban su oportunidad.

Esto presenta a Bartimeo un nuevo desafío. Momentos antes, esas mismas voces se habían mostrado indignas de confianza. Ahora hablaban las palabras de Jesús. Tenía que decidir si rechazaría el mensaje por causa del mensajero, o si reconocería que Dios estaba usando personas imperfectas para dirigirlo hacia su milagro.

Muchas veces enfrentamos la misma decisión. A veces Dios coloca personas en nuestra vida que reconocen lo que Él está haciendo antes de que nosotros lo veamos. Nos animan cuando no podemos animarnos a nosotros mismos. Nos recuerdan las promesas de Dios cuando el desánimo nubla nuestra visión. Nos llaman a levantarnos cuando todo dentro de nosotros quiere quedarse sentado.

A lo largo de la Escritura, Dios repetidamente usó personas para posicionar a otros hacia el avance. Natán confrontó a David y lo llevó al arrepentimiento. Mardoqueo desafió a Ester a abrazar su propósito. Bernabé creyó en Saulo cuando otros le temían y lo presentó a los apóstoles. Ananías impuso manos sobre el hombre que una vez había perseguido a la iglesia y se convirtió en el instrumento por el cual Saulo recibió la vista y el Espíritu Santo.

Dios siempre ha usado voces fieles para despertar la fe dormida.

Esto nos recuerda que nunca debemos aislarnos de relaciones piadosas. El cristianismo nunca fue diseñado para vivirse en soledad. El Cuerpo de Cristo existe porque cada miembro suple fortaleza, ánimo, corrección y esperanza a otro.

Pablo escribe,

“Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

GÁLATAS 6:2 (RVR60)

A veces el mayor ministerio que podemos ofrecer a otro creyente es simplemente reconocer su momento. Podemos ver la mano de Dios moviéndose en la vida de alguien antes de que ellos tengan la fe para verlo por sí mismos. Una palabra de ánimo a tiempo, una oración sincera, o un simple recordatorio de que

“Dios aún no ha terminado contigo” puede convertirse en lo mismo que evite que alguien se rinda.

Igualmente, debemos permanecer lo suficientemente humildes para recibir ánimo nosotros mismos. El orgullo muchas veces nos convence de que no necesitamos a nadie hablando a nuestra vida. Sin embargo, la madurez espiritual reconoce que Dios frecuentemente confirma su dirección a través de las voces de hermanos y hermanas fieles.

Hay personas cuyas palabras nos hacen sentir cómodos quedándonos donde estamos. Y hay personas cuyas palabras, con amor, nos desafían a llegar a ser todo lo que Dios desea que seamos. La diferencia entre esos dos tipos de relaciones puede determinar la dirección de nuestra vida espiritual.

Como nos recuerda Proverbios,

“Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo.”

PROVERBIOS 27:17 (RVR60)

Las relaciones espirituales saludables nunca existen únicamente para consolarnos. Existen para afilarnos.

REFLEXIONA

¿A quién ha puesto Dios en tu vida para hablarte ánimo, corrección o dirección? ¿Eres lo suficientemente humilde para recibirlo, aun cuando el mensajero te sorprenda?

PARTE

**CADA MOMENTO DE DIOS REQUIERE UNA
RESPUESTA**

04

El Pastor enfatizó hermosamente que Bartimeo reconoció algo que muchas personas pasan completamente por alto. Jesús iba camino a Jerusalén. Este era uno de los últimos milagros antes de la crucifixión. Bartimeo no conocía la línea de tiempo del ministerio de Cristo, pero algo dentro de él reconoció: “Este es mi momento.”

Hay momentos en nuestro caminar con Dios que llevan un significado inusual. Aunque Dios siempre está presente, hay temporadas en las que su Espíritu comienza a atraernos con mayor urgencia. La convicción se hace más fuerte. La adoración se siente más profunda. Su Palabra se vuelve más clara. Oportunidades de obediencia aparecen repentinamente ante nosotros. Estas son citas divinas, momentos que nos invitan a dar un paso hacia un nuevo nivel de fe.

El peligro es que estos momentos pueden perderse fácilmente si nos distraemos espiritualmente o nos volvemos complacientes.

El escritor de Hebreos advierte repetidamente a los creyentes,

“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones...”

HEBREOS 3:15 (RVR60)

Note una vez más que el oír precede al responder. Toda invitación divina comienza con la voz de Dios, pero requiere nuestra obediencia. Dios nunca fuerza a nadie hacia la transformación. Él llama, y nosotros respondemos.

A lo largo de la Escritura, los que experimentaron los mayores milagros fueron los que reconocieron su momento y actuaron de inmediato. Pedro salió de la barca mientras la oportunidad aún estaba delante de él. Zaqueo bajó apresuradamente del árbol de sicómoro cuando Jesús lo llamó por su nombre. La mujer con el flujo de sangre se abrió paso entre la multitud antes de que Jesús pasara. Ninguno de ellos pospuso su respuesta.

Bartimeo pudo haber razonado: “Quizás Jesús regrese otro día.” Pudo haber permitido que la vergüenza, el temor o la desilusión silenciaron su clamor. En cambio, reconoció que la obediencia demorada muchas veces se disfraza de oportunidad perdida.

Muchos creyentes pasan años esperando un “mejor momento” para rendirse por completo, responder al llamado de Dios, perdonar, servir, o buscar una intimidad más profunda con Cristo. Sin embargo, la Escritura enseña repetidamente que la invitación de Dios siempre se responde en el presente.

Isaías declara,

“Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano.”

ISAÍAS 55:6 (RVR60)

Cuando Dios crea un momento de convicción, adoración, arrepentimiento o llamado, la sabiduría responde de inmediato. Cada momento de Dios lleva dentro de sí el potencial de convertirse en un punto de inflexión que cambia el rumbo de toda una vida.

Bartimeo se negó a dejar que su momento se convirtiera en otra oportunidad perdida. Su desesperación venció su vacilación, y su fe lo impulsó hacia Aquel que podía transformar por completo su futuro. Esa misma invitación permanece hoy ante cada creyente. La pregunta no es si Dios está hablando. La pregunta es si estamos dispuestos a responder cuando lo hace.

REFLEXIONA

¿Hay algún momento de convicción o invitación que has estado postergando? ¿Cómo se vería responder a Dios hoy en lugar de esperar un mejor momento?

PARTE

**LAS VOCES EQUIVOCADAS TE QUIEREN CÓMODO. JESÚS TE
LLAMA MÁS ALTO.**

05

Una de las observaciones más profundas que hizo el Pastor es que Bartimeo no estaba simplemente sentado porque fuera físicamente ciego. Estaba sentado porque la vida le había enseñado a quedarse allí. Sus decepciones lo habían sentado. Sus pérdidas lo habían sentado. Su identidad se había pegado a su condición, y la multitud se había acostumbrado a verlo de esa manera.

Marcos intencionalmente nos dice,

“...el ciego Bartimeo... estaba sentado junto al camino mendigando.”

MARCOS 10:46 (RVR60)

Esto es más que una descripción de su ubicación. Es una imagen de su postura espiritual. Había aceptado la única vida que jamás había conocido.

¿Cuántos creyentes se encuentran en la misma posición? Ya no esperan crecimiento. Ya no persiguen una oración más profunda. Han aceptado luchas recurrentes como realidades permanentes. Han aprendido a sobrevivir en lugar de vencer.

Jesús nunca deja a las personas donde las encuentra.

A lo largo de los Evangelios, cada encuentro con Cristo es una invitación a levantarse. Llamó a los pescadores a dejar sus redes. Llamó a Mateo a dejar la mesa de impuestos. Llamó a Lázaro a salir de la tumba. Llamó al paralítico a tomar su lecho. Ahora llama a Bartimeo a ponerse de pie.

El Reino de Dios siempre está moviendo a las personas de donde están hacia donde Él quiere que estén.

Por eso las voces que nos rodean importan tanto. Algunas personas celebran nuestro potencial. Otras se sienten cómodas con nuestra disfunción. Hay personas que sentirán compasión por nuestro dolor pero nunca nos animarán hacia la transformación. Nos entregan “monedas” emocionales que alivian temporalmente nuestra incomodidad, pero nunca nos dirigen hacia la libertad completa.

Jesús no solamente consuela a las personas quebrantadas. Las restaura.

Pablo describe este proceso de manera hermosa:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 CORINTIOS 5:17 (RVR60)

Note que la salvación no es simplemente una versión mejorada de la vida vieja. Es una nueva creación. Cristo nunca tuvo la intención de que nos convirtiéramos en pecadores mejor administrados. Tuvo la intención de que nos convirtiéramos en discípulos transformados.

Esto explica por qué la predicación genuina a veces nos incomoda. La Palabra de Dios se niega a dejarnos sentados. Expone las áreas donde nos hemos acomodado, confronta actitudes que hemos justificado, y nos invita a una mayor obediencia.

El escritor de Hebreos explica,

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos...”

HEBREOS 4:12 (RVR60)

La Palabra no solamente nos informa. Nos transforma. Cada vez que escuchamos la verdad bíblica, se nos presenta una decisión. Podemos permanecer sentados en nuestra vieja identidad, o podemos levantarnos hacia la nueva identidad que Cristo ofrece.

Bartimeo nos enseña que quedarnos donde estamos es muchas veces más peligroso que arriesgarnos a responder a Jesús. La mayor tragedia no habría sido permanecer ciego. La mayor tragedia habría sido escuchar el llamado de Jesús y negarse a levantarse.

REFLEXIONA

¿En qué área de tu vida te has acomodado, aceptando una limitación como tu identidad? ¿De qué te está llamando Jesús a levantarte en esta temporada?

PARTE

**LA PRESIÓN SOCIAL PUEDE SILENCIAR LA FE, PERO LA
DESESPERACIÓN SE NIEGA A CALLAR**

06 CLOAKED

Marcos nos dice que cuando Bartimeo clamó por misericordia, muchos lo reprendieron de inmediato.

“Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más...”

MARCOS 10:48 (RVR60)

La multitud creía que su adoración era inapropiada. Su desesperación interrumpía su orden. Sus fuertes clamores avergonzaban a los que lo rodeaban. Para ellos, estaba haciendo demasiado ruido.

Sin embargo, lo que la multitud consideraba excesivo, Jesús lo consideró fe.

Este principio nunca ha cambiado. Mientras más cerca está alguien del avance, más oposición suele encontrar. El enemigo entiende que la desesperación es peligrosa porque la desesperación se niega a permanecer pasiva. Las personas desesperadas oran diferente. Adoran diferente. Persiguen a Dios diferente porque entienden que no tienen a dónde más ir.

A lo largo de la Escritura, los que recibieron milagros rara vez fueron las personas más silenciosas en el lugar.

La mujer con el flujo de sangre se abrió paso entre toda una multitud porque quedarse donde estaba ya no era aceptable. Los cuatro hombres que cargaban al paralítico abrieron un techo porque el acceso ordinario no los iba a satisfacer. Jacob luchó toda la noche declarando,

“No te dejaré, si no me bendices.”

GÉNESIS 32:26 (RVR60)

La desesperación siempre ha sido una de las características distintivas de la gran fe.

El Pastor hizo una observación poderosa que merece una reflexión cuidadosa. Las personas cómodas muchas veces se sienten incómodas con los adoradores desesperados. Los que ya no reconocen su propia necesidad de Dios frecuentemente luchan por entender a los que lo buscan apasionadamente.

Los fariseos criticaron la adoración de David. Mical despreció su danza. Judas criticó la ofrenda extravagante de María. Los discípulos intentaron silenciar a los niños que clamaban tras Jesús. Una y otra vez, la Escritura revela que la comodidad religiosa muchas veces se opone al hambre espiritual genuino.

Sin embargo, Jesús siempre recibió a los que se le acercaban con desesperación sincera.

Santiago escribe,

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros.”

SANTIAGO 4:8 (RVR60)

Dios nunca ha rechazado a un corazón que lo busca con sinceridad.

Esta verdad debe animar a cada creyente. Nunca necesitamos disculparnos por buscar a Dios apasionadamente. Ya sea a través de la oración, la adoración, el arrepentimiento o la obediencia fiel, nunca debemos permitir que la opinión pública determine la intensidad de nuestra devoción.

Nuestra adoración no se mide por el nivel de comodidad de la multitud. Se mide por la sinceridad de nuestro corazón delante de Dios.

Bartimeo entendió algo que la multitud no entendía. Ellos tendrían otra oportunidad mañana. Él quizás no.

Esa comprensión transformó su clamor de una oración ordinaria en fe desesperada.

A veces el mayor avance espiritual comienza cuando dejamos de preocuparnos por quién nos observa y nos consumimos por completo en alcanzar a Jesús.

REFLEXIONA

¿Alguna vez has silenciado tu oración, adoración o búsqueda de Dios por lo que otros pudieran pensar? ¿Cómo se vería buscarlo con santa desesperación, sin importar quién esté mirando?

PARTE

**OÍR PRODUCE REVELACIÓN, NO SOLO
INFORMACIÓN**

CLOAKED

Uno de los momentos más notables en la historia de Bartimeo no es el milagro en sí, sino las palabras que salieron de su boca antes de que el milagro sucediera. La multitud simplemente anunció que “Jesús de Nazaret” estaba pasando. Para todos los demás, esas palabras eran solamente información. Identificaban dónde había crecido Jesús y quién caminaba por Jericó. Para ellos era un maestro, quizás un profeta, quizás incluso un hacedor de milagros, pero nada más. Sin embargo, Bartimeo escuchó esas mismas palabras exactas y respondió de manera muy diferente. En lugar de clamar, “Jesús de Nazaret,” clamó, “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.” Aunque no podía ver a Jesús con sus ojos físicos, lo reconoció con ojos espirituales. Su ceguera no le había impedido recibir revelación.

Esto nos enseña un principio importante acerca del Reino de Dios. Oír la Palabra de Dios no es suficiente si nunca se convierte en revelación en nuestro corazón. Muchas personas escuchan sermones cada semana, leen la Escritura a diario, y memorizan versículos toda su vida, y aun así la Palabra nunca los cambia porque permanece como información en lugar de convertirse en revelación. La información puede educar la mente, pero solo la revelación transforma el corazón. Los fariseos conocían las Escrituras mejor que nadie en Israel, y sin embargo no reconocieron al mismo Mesías al que esas Escrituras apuntaban. Mientras tanto, un mendigo ciego sentado junto a un camino polvoriento reconoció lo que muchos líderes religiosos pasaron completamente por alto. La diferencia no era inteligencia. La diferencia era que un grupo simplemente oyó hechos, mientras que el otro recibió entendimiento de Dios.

Jesús reveló esta misma verdad cuando preguntó a sus discípulos quién creían ellos que Él era. Muchas opiniones circulaban entre la gente. Algunos creían que era Elías. Otros pensaban que era Jeremías o alguno de los profetas que había regresado. Entonces Pedro habló con confianza, diciendo, “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” Jesús inmediatamente explicó que Pedro no había llegado a esa conclusión por razonamiento humano, sino porque el Padre se lo había revelado. La revelación siempre es obra de Dios. El esfuerzo humano puede producir conocimiento, pero solo el Espíritu Santo abre nuestro entendimiento para ver verdaderamente quién es Jesús.

Por eso nuestra oración nunca debe limitarse a pedirle a Dios que nos enseñe algo nuevo. Debemos pedirle que se revele a sí mismo a través de su Palabra. Cada pasaje de la Escritura contiene más que hechos históricos o verdades doctrinales. Revela el carácter, el corazón y la naturaleza de Dios. Cuando nos acercamos a la Biblia con humildad, el Espíritu Santo comienza a abrir verdades que no pueden descubrirse solamente con el estudio. De repente, versículos familiares toman un nuevo significado. Promesas que una vez parecían distantes se vuelven personales. Mandamientos que una vez parecían difíciles se convierten en invitaciones a una comunión más profunda con Cristo. La revelación cambia no solo lo que sabemos, sino cómo vivimos.

Bartimeo demuestra que la vista física no es el mayor tipo de visión. Una persona puede tener una vista perfecta y aun así permanecer espiritualmente ciega, mientras que otra puede tener toda limitación física imaginable y sin embargo poseer una notable claridad espiritual. A lo largo de los Evangelios este patrón aparece repetidamente. Los que se consideraban espiritualmente educados muchas veces no reconocieron a Jesús, mientras que personas humildes con corazones receptivos discernieron de inmediato quién era Él verdaderamente. Dios siempre se ha interesado más en corazones abiertos que

en mentes educadas.

Esto debe animar a cada creyente. La madurez espiritual no se mide por cuántos versículos podemos citar o cuántos debates teológicos podemos ganar. Se mide por cuán profundamente la Palabra de Dios nos ha transformado. Cada vez que escuchamos la predicación de la Escritura, tenemos una decisión. Podemos irnos con información adicional, o podemos permitir que el Espíritu Santo produzca una revelación que cambie nuestra vida para siempre. Bartimeo recibió mucho más que una lección aquel día. Porque escuchó con fe, la información se convirtió en revelación, la revelación se convirtió en adoración, y la adoración lo posicionó para un milagro.

REFLEXIONA

¿Estás leyendo y escuchando la Palabra de Dios en busca de información, o le estás pidiendo revelación? Pídele al Espíritu Santo que te muestre una verdad hoy, no solo que te la diga.



PARTE

**LOS MILAGROS COMIENZAN CUANDO DEJAMOS DE MIRAR LO
QUE PERDIMOS Y COMENZAMOS A USAR LO QUE AÚN
TENEMOS**

U8

Quizás una de las verdades más hermosas escondidas dentro de la historia de Bartimeo es que su milagro no comenzó cuando su vista regresó. Su milagro comenzó cuando dejó de permitir que lo que había perdido determinara lo que Dios aún podía hacer. Bartimeo tenía toda razón para enfocarse en su ceguera. Había marcado toda su vida. Había limitado a dónde podía ir, qué podía hacer, y cómo la sociedad lo veía. Su ceguera se había convertido en su identidad. Cada día vestía el manto que públicamente lo identificaba como mendigo, y cada día se sentaba en el mismo lugar dependiendo de la misericordia de extraños. Sin embargo, cuando Jesús pasó, Bartimeo no permitió que su mayor pérdida silenciara la única capacidad que aún poseía. Todavía podía oír.

Esa sola verdad lo cambió todo. No podía ver a Jesús, pero podía oír que Jesús estaba cerca. No podía observar los milagros que sucedían a su alrededor, pero podía escuchar los testimonios de lo que Jesús ya había hecho. No podía observar las expresiones en el rostro de la gente, pero podía reconocer esperanza en el anuncio de que Cristo estaba pasando. Lo mismo que aún poseía se convirtió en la avenida por la cual Dios cambiaría por completo su vida. El Pastor hizo una declaración profunda que merece quedarse con nosotros mucho después de que esta lección termine: “Los milagros comienzan cuando dejas de enfocarte en lo que perdiste y comienzas a enfocarte en lo que aún tienes.” Así es exactamente como Dios siempre ha obrado.

A lo largo de la Escritura, Dios consistentemente comienza con lo que queda en lugar de lo que falta. Cuando Moisés estaba delante de la zarza ardiente, abrumado por sus propias limitaciones, Dios no comenzó hablando de todo lo que a Moisés le faltaba. En cambio, simplemente preguntó: “¿Qué es eso que tienes en tu mano?” (Éxodo 4:2). Moisés vio una vara común de pastor. Dios vio el instrumento por el cual los mares se dividirían, las rocas producirían agua, y la autoridad del cielo se demostraría delante de toda una nación. El milagro no comenzó con algo que Moisés necesitaba adquirir. Comenzó al entregar lo que ya poseía.

El mismo patrón aparece en el ministerio de Eliseo. Una viuda se acercó al profeta cargada de una deuda abrumadora, convencida de que no le quedaba nada. Eliseo le hizo una pregunta sencilla: “¿Qué tienes en casa?” (2 Reyes 4:2). Su primera respuesta reveló su perspectiva. “Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite.” Para ella, la pequeña vasija de aceite era insignificante. Para Dios, era más que suficiente. Esa pequeña vasija se convirtió en el punto de partida de una provisión sobrenatural porque Dios se especializa en multiplicar lo que colocamos en sus manos.

Jesús siguió este mismo patrón durante la alimentación de los cinco mil. Los discípulos se enfocaron en el tamaño de la multitud y en la imposibilidad de la situación. Jesús se enfocó en cinco panes y dos peces. Los discípulos contaron lo que faltaba. Jesús bendijo lo que quedaba. El milagro no comenzó después de que tuvieron suficiente. Comenzó cuando entregaron lo poco que ya tenían.

¿Con cuánta frecuencia cometemos el mismo error? Nos consumimos por lo que nos ha sido quitado. Nos enfocamos en oportunidades perdidas, relaciones rotas, salud en declive, luchas financieras, decepciones, fracasos, o años que creemos que se han desperdiciado. Gradualmente nuestra atención se fija en todo lo que está ausente, y sin darnos cuenta comenzamos a medir el futuro de Dios por nuestras pérdidas pasadas. Sin embargo, la Escritura nos recuerda repetidamente que Dios nunca ha

sido limitado por lo que a su pueblo le faltaba. Siempre ha obrado a través de lo que quedaba.

Esta verdad es especialmente alentadora porque cada uno de nosotros carga áreas de pérdida. Algunos han perdido tiempo. Otros han perdido confianza. Algunos han perdido seres queridos. Otros han perdido sueños que una vez creyeron que se cumplirían. Sin embargo, ninguna de esas pérdidas impide que Dios obre si estamos dispuestos a colocar lo que queda en sus manos. Quizás no tengamos todo lo que una vez poseímos, pero si aún tenemos su Palabra, tenemos verdad. Si aún tenemos su Espíritu, tenemos guía. Si aún tenemos aliento en nuestros pulmones, aún tenemos propósito. Mientras Dios nos haya dado otro día, Él no ha terminado de escribir nuestra historia.

Jeremías entendió esto después de ver a Jerusalén caer en completa devastación. Rodeado de destrucción, pudo haberse enfocado por completo en lo que se había perdido. En cambio, eligió anclar su fe en lo que quedaba. Declaró: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” (Lamentaciones 3:22-23). Aun en medio de una pérdida inimaginable, Jeremías encontró esperanza en la misericordia inmutable de Dios.

Eso nos lleva de vuelta a Bartimeo. Su oración revela dónde descansa finalmente la verdadera fe. No exigió sanidad porque la mereciera. No argumentó sus calificaciones. No intentó negociar con Jesús. En cambio, clamó, “Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.” Entendió que su futuro dependía por completo de la misericordia de Dios. En realidad, todo milagro en la Escritura descansa sobre ese mismo fundamento. No somos perdonados porque ganamos el perdón. Somos perdonados porque Dios es misericordioso. No somos restaurados por nuestra propia justicia. Somos restaurados porque su gracia es mayor que nuestros fracasos. La misericordia es el puente entre nuestra incapacidad y el poder ilimitado de Dios.

Bartimeo nos enseña que Dios no nos está pidiendo que comencemos con lo que hemos perdido. Simplemente nos pide que respondamos con lo que queda. Un oído que escucha, un corazón que cree, un clamor sincero por misericordia, y un acto de fe fueron suficientes para cambiar el rumbo de su vida para siempre. El mismo Jesús que honró ese clamor todavía responde a los que claman a Él hoy. La pregunta no es si Dios tiene suficiente poder para hacer otro milagro. La pregunta es si estamos dispuestos a dejar de mirar fijamente lo que se fue y comenzar a confiar en Él con lo que graciosamente ha dejado en nuestras manos.

 REFLEXIONA

¿Qué es lo que aún tienes, dones, tiempo, fe, relaciones, que puedes colocar en las manos de Dios hoy en lugar de enfocarte en lo que falta?



CONCLUSIÓN

¿QUÉ ESTAMOS ESCUCHANDO?

La historia de Bartimeo es mucho más que el relato de un ciego que recibe la vista. Es la historia de un hombre que permitió que una voz se hiciera más grande que todas las demás voces que lo rodeaban. Antes de que sus ojos fueran abiertos, sus oídos ya lo estaban. Antes de estar en la presencia de Jesús, la fe ya había comenzado a crecer en su corazón. Todo cambió porque eligió creer lo que escuchó en lugar de rendirse a lo que sentía.

Este es el desafío que enfrenta cada creyente hoy. Cada día estamos rodeados de voces que compiten. El temor nos dice que nada cambiará jamás. La vergüenza nos recuerda los fracasos de ayer. La cultura anima el compromiso con el pecado. El enemigo susurra que hemos perdido nuestra oportunidad, que estamos demasiado quebrantados, demasiado débiles, o demasiado lejos para que Dios nos use. Sin embargo, por encima de todas esas voces está la voz de Jesús, todavía llamando a las personas a levantarse, todavía extendiendo misericordia, y todavía invitándonos a una vida de transformación.

Bartimeo nos enseña que la fe comienza al oír, pero no termina ahí. La fe crece cuando elegimos las voces correctas, nos rodeamos de personas que reconocen la obra de Dios en nuestra vida, nos negamos a ser silenciados por la presión social, respondemos cuando Dios crea un momento divino, y permitimos que su Palabra se convierta en revelación en lugar de mera información. Más importante aún, la fe florece cuando dejamos de medir nuestro futuro por lo que hemos perdido y comenzamos a confiar en Dios con lo que queda.

Quizás la mayor lección de este pasaje es que el milagro comenzó mucho antes de que Bartimeo abriera sus ojos. Comenzó en el momento en que creyó que Jesús estaba pasando. Su clamor por misericordia fue evidencia de que la esperanza ya había reemplazado a la desesperación. Su persistencia probó que la fe se había vuelto más fuerte que el temor. Su disposición a levantarse demostró que ya no pretendía seguir siendo identificado por el lugar donde la vida lo había dejado.

La misma invitación permanece hoy delante de nosotros. Jesús todavía pasa por vidas que parecen no tener esperanza. Todavía llama a personas que se han acostumbrado a sentarse junto al camino. Todavía busca hombres y mujeres que crean su Palabra antes de ver la evidencia. Cada vez que nos reunimos alrededor de su Palabra, cada vez que escuchamos su voz a través de la predicación, cada vez que el Espíritu Santo mueve nuestro corazón, estamos de pie en un momento de Bartimeo. El cielo hace la misma pregunta: ¿Crearás lo que escuchas lo suficiente como para responder?

Que nunca nos acostumbremos tanto a la iglesia que perdamos nuestro momento. Que nunca permitamos que la multitud determine el volumen de nuestra adoración. Que nunca dejemos que los fracasos de ayer silencien la fe de hoy. En cambio, que lleguemos a ser personas que reconocen cuando Jesús está cerca, que claman con valentía su nombre, que lo declaran Rey, y que humildemente claman, "Ten misericordia de mí."

Porque cuando la fe escucha la voz de Dios, los milagros dejan de ser una posibilidad. Se convierten en una expectativa.

“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

ROMANOS 10:17 (RVR60)

REFLEXIONA

¿A qué voz has estado escuchando más esta temporada: el temor, la cultura, la decepción, o Dios? Escribe una breve oración comprometiéndote a reconocer su voz y responder cuando Él llame.
